

Isla Verde, 7 de diciembre de 1958

Querido amigo:

¡Qué bueno recibir una carta suya y, además, una carta filosófica! Espero que se haya mejorado ya de esa gripe que lo aquejó y que tanto Vd. como Priscilla se encuentren bien.

No: Ser y estar no va en la serie de convocatorias. Éstas culminan en un Libro de celebraciones. Una versión filosófica de este libro podría ser mi Ser y estar. Los convocados son Dante, Goethe, Freud, Platón, Descartes y Epicuro, a más de los que van en este primer volumen (Cervantes, Dostojevskij, Nietzsche, A. Machado), el que no termina de salir. En sobre separado, le envío dos trabajos míos recientes: una declaración a la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía sobre mi labor filosófica y una propuesta de estudios radicales. En esta última lo cito a Vd.

Me halaga coincidir con Vd. en cuanto al “modo de pensar”, y no me extraña mucho que tengamos divergencias en el contenido de lo pensado. Las diferencias son “muy grandes”, como Vd. observa. Se han ido agrandando, a mi parecer, desde el tiempo en que se iniciaba nuestra amistad filosófica en el círculo del Bosque y en el que Vd. escribió El ser y la muerte. Atribuyo este hecho a que Vd. estaba entonces más próximo a la filosofía continental europea, inclinada a la metafísica, y ahora lo está más al “imperio filosófico”, para decirlo con sus términos, anglo-sajón, con su énfasis en la filosofía de la ciencia.

Bien. Ante todo, lo de la “irrefutabilidad”. Pienso que en una aspiración propia del acto filosófico, aunque en rigor ninguno la cumpla a cabalidad. Cuando [*Copper?*] afirma que una proposición tiene sentido si, y sólo si, es refutable, está enunciando una proposición que él considera irrefutable. Para que esa proposición suya tuviera sentido tendría que ser refutable, lo cual significa que, si se la refuta, habrá otras proposiciones que tienen sentido y son irrefutables. Estamos, otra vez, en la paradoja de Epiménides, el cretense. El que Vd. no confíe mucho “en la posibilidad, y no digamos en la afectividad, de una serie de proposiciones irrefutables”, me ha extrañado un poco, desde luego porque la historia de la filosofía nos indica que Platón, Aristóteles, Epicuro, San Anselmo, Santo Tomás, Descartes, Spinoza, Berkeley, Kant, Hegel, [...il-legible], etc. tenían u ofrecían proposiciones que a ellos les parecían irrefutables. Luego, hay que confiar, conforme a la historia de la filosofía, en que la aspiración a la irrefutabilidad es posible. ¿Que sea efectiva? No sé bien, lo que la efectividad de un texto filosófico pueda significar. Pero, en todo caso, y así ha de terminar mi Ser y estar, una vez que el filósofo ha agotado todos los argumentos para probar que su tesis es irrefutable, le queda aún un recurso, y echaré mano de él. Es decirle al lector o auditor: si no lo he convencido, si Vd. encuentra dudosas mis afirmaciones y no logra confiar en ellas, apueste en favor de ellas, y verá que su vida, su quehacer cobran sentido. No pierde nada apostando. Es, en [*indicar?*], un riesgo que es hermoso correr.

Otro punto suyo: la filosofía se funda en la experiencia, pero no trata de ella. Pregunto: ¿por que no habría de tratar también de su propio fundamento? Dirá Vd. de lo que hay. Digo: sí, trata de eso, pero además, trata de la experiencia de lo que hay, con lo que incluyo en su temática a quien tiene la experiencia de que hay algo, al sujeto cognoscante junto con lo que conoce o cree conocer que hay. De este modo, resulta posible esa integración, a que lo vengo invitando desde hace años, de una posición marcadamente realista, como en la suya, con una idealista, que no se la contrapone, sino que permite moverse entre una y otra. La experiencia, como yo la defino, viene a

ser el vehículo de este movimiento y, por esto mismo la integración resulta posible y fértil.

Reescribí el §9 de las parrafadas que le envié. Abandoné la identificación del yo con el cuerpo. Me parece que violentaba la experiencia el insistir en esta identificación, puesto que tenemos experiencias de que nuestros pensamientos o sentimientos cambian sin tenerlo de cambios correlativos en lo que pueda llamarse corporeidad. Además, yo he querido combatir el dualismo corista del alma y cuerpo. Pues, si eso quiero, no debo eliminar una de estas dos cosas –el alma- y quedarme con la otra cosa, pues entonces sigo apegado al “cosismo”. Me pareció preferible sustituir la cosa por una función y llamé a esta función “la persona viviente”. Elegí “persona” por no excluir lo corporal (se dice “las personas de su edad, de su sexo, etc. lo que no se dice del alma o el espíritu).

Sobre cómo pienso continuar mi libro, podrá Vd. informarse leyendo mi Declaración ante la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía, titulada precisamente Ser y estar. Creo que tiene cierto interés el hecho de mostrar cómo emerge de Dios el Sujeto Epistemológico Omnisciente (SEO). Llamo a este proceso “la secularización de Dios”.

Ya que el fin de año se aproxima, van para Vd. y Priscilla mis mejores votos de felicidad, de salud y de vida intensa y productiva en 1986.

Un fuerte y afectuoso abrazo

[Signatura]